Revista Hispánica

Director:
Fernando Fontes

AÑO I
MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL

30 cénts.

ARTISTAS EXTRANJERAS

MISS JULIET GRIFFITH, balarina norteamericana

© Biblioteca Nacional de España

Regalos por cupones

Deseosos de conceder a los favorecedores de *Revista Hispánica* todos los beneficios posibles, hemos establecido un **sorteo de regalos**, en las condiciones siguientes:

1.ª Se sortearán **32 premios** entre los compradores y subscriptores de *Revista Hispánica*. La adjudicación de los premios se hará por los números premiados en el primer sorteo de la Loteria Nacional que se verifique en el próximo mes de Julio.

2.ª Los compradores y subscriptores de *Revista Hispánica* deberán presentar en los días de Junio próximo que designemos, 6 de los cupones que publicaremos en nuestros números de 1.º, 10 y 20 de Mayo, y en los de 1.º 10 y 20 de Junio de 1918. Cada seis cupones serán canjeados por seis números correspondientes a los que entren en el sorteo indicado de la Loteria.

3.ª Los subscriptores, recibirán también seis números a cambio de sus seis cupones, y además otros cuatro presentando su recibo de subscripción por un trimestre a **Revista Hispánica.**

4.ª Los premios serán los siguientes:

Dos primeros premios consistentes cada uno en un juego de cama; compuesto de sábana, almohadón y dos cuadrantes.

Estos dos premios se adjudicarán al número superior en una unidad y al inferior en una unidad al premio mayor del citado sorteo de la Loteria Nacional.

Es decir, que si dicho premio mayor es, por ejemplo, el 6.785, los números que obtendrán nuestros dos primeros premios, serán el 6.784 y el 6.786.

Dos segundos premios, consistentes en **dos preciosas blusas de seda, bordadas**, para señora. Serán adjudicadas a los números anterior y posterior al premio segundo del citado sorteo de la Loteria.

Cuatro terceros premios, consistentes en **cuatro preciosas mantelerías para seis cubiertos**, que se adjunicarán a los dos números imediatamente anteriores y a los inmediatamente posteriores al agraciado en la misma Loteria en el tercer premio.

Y **veinticuatro sextos premios**, que consistiran en **preciosas blusas de vuela**, que se adjudicarán a los números inmediatamente anterior y posterior a cada uno de los doce que resulten premiados con 1.500 pesetas en el indicado sorteo de la Loteria Nacional.

* * *

Todos los premios son confeccionados por la acreditada Casa Galvan, de Madrid, plaza de Santo Domingo.

A los lectores

En el próximo número daremos a conocer los días en que se efectuará el canje de cupones para el sorteo de nuestros regalos

---

«REVISTA HISPÁNICA»

SE PUBLICA TRES VECES AL MES

Toda la correspondencia deberá dirigirse a la calle del

Cardenal Cisneros, 47. Madrid

Teléfono, J. 923

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

ESPAÑA		EXTRANJERO	
Tres meses	2,50 ptas.	Seis meses	9,50 ptas.
Seis meses	4,75 »	Un año	18,00 »
Un año	9,00 »		

Las susbcripciones y anuncios se reciben en la Administración del periódico, CARDENAL CISNEROS 47, y en la CASA VIUDA DE PONTES, CARMEN, 6 y 8.—Madrid.

© Biblioteca Nacional de España

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
—
ESPAÑA

Tres meses..... 2,50 ptas.
Seis meses..... 4,75 "
Un año..... 9,00 "

AÑO I NÚM. 7

Revista Hispánica

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
—
EXTRANJERO

Seis meses..... 9,50 ptas.
Un año..... 18,00 "

10 JUNIO - 1918

SE PUBLICA TRES VECES AL MES
Director: Fernando Pontes
Redacción y Administración, Cardenal Cisneros, 47
MADRID

Décadas

La canción del olvido.—Los teatros o «la ocasión la pintan calva».—El porvenir será otra canción.—Tres decímetros diarios de pavimentación.—Pitos, tranvías y otros excesos.

«La canción del olvido» alcanzó más representaciones que todo el repertorio junto de todos los autores españoles. Según ciertos cálculos, alcanzó el número de atacados a cien mil. Creemos que en esto, como en la contribución, hay ocultaciones. Lo cierto es que la epidemia ha perturbado la vida nacional.

En cambio, a algunos teatros, que perdían hasta las pestañas, les ha venido de perilla la dichosa epidemia; de los que en este caso se hallan, unos abrirán de nuevo sus puertas..., por si al público le da la humorada de ir a ver las funciones que en ellos se representan, y otros, como Novedades, cogiendo la ocasión por su único pelo, dan por definitivamente terminadas las representaciones hasta pasado el verano. ¡Para «canción del olvido», la de los actores, músicos y empleados del susodicho coliseo! De aquí a que vuelvan a cobrar sus sueldos, ya se les habrá *olvidado* a qué sabe la nómina.

* * *

Por supuesto, no es de extrañar que esta y otras calamidades caigan sobre la humanidad. Cuatro años de guerra, de matanza, de depresión moral y física, no pueden dar de sí otros resultados.

Pensad en el número de cadáveres insepultos; en la vida malsana de las trincheras; en la defectuosa y debilitante alimentación a que lleva cuatro años sometida gran parte de la humanidad, a base de substancias nocivas, falsificadas o fabricadas químicamente, y comprenderéis sin esfuerzo que toda resistencia física tiene su límite. y que tanta crueldad y barbarie tanta, han de tener una secuela de miserias y enfermedades durante muchos años.

* * *

El Sr. Silvela, volvió triunfante a su puesto de alcalde, por lo cual nos felicitamos, aunque es de temer que pronto comience de nuevo el desfile de personalidades por la Alcadía. El régimen municipal de esta desgraciada villa, lo diremos una vez más, no puede dar de sí nada bueno, ni consiente cierta permanencia en la alcaldía, sino a aquellos hombres que *pasan por todo*, precisamente porque *no valen para nada*.

* * *

¿Han calculado Vdes. para cuándo estará terminada la pavimentación de Madrid? ¿Han averiguado Vdes, porqué aquí se usa todavía el asfalto fundido, desechado ya en todas las grandes ciudades por sus malos resultados?

También es un problema cuya incógnita es difícil de resolver el por qué se pavimenta aquellas calles por donde apenas nadie transita, y en cambio los lugares más frecuentados de la Corte siguen en un estado lamentable.

Tal vez la intención oculta de esto sea el esperar a que desaparezcan de Madrid esos carromatos monumentales contemporáneos de Atila, que seguramente habrían de dar al traste con el nuevo pavimento.

De todas maneras, dados el tiempo que llevan las famosas obras y la superficie pavimentada, creemos que el resultado serán unos tres o cuatro decímetros cuadrados por cada día transcurrido.

* * *

Un tormento a que estamos sometidos los madrileños en cuanto comienza el buen tiempo y salen a la calle las jardineras de los tranvías, es el estridente e inaguantable silbido de los pitos que emplean los cobradores.

Esos instrumentos de tortura no se usan en ninguna gran ciudad, y sin salir de España, en la misma Barcelona se emplean trompetas cuyo sonido no ataca a los nervios de los pasajeros.

Aquí, los famosos pitos son empleados con una energía y una constancia, que no parece sino que hay un concurso de cobradores, con premios para los que más estridencias obtengan de su respectivo silbato.

¿No les parece a Vdes. que la compañía de los tranvías daría una prueba de consideración al público sustituyendo ese medio de avisar a los conductores por otro menos molesto?

Y ya que de tranvías hablamos, quisiéramos saber si no hay en los coches otro sitio donde colocar los sucios sacos llenos de arena que constantemente viajan en las plataformas posteriores.

La molestia que causan a los viajeros por el sitio que ocupan y por la suciedad que comunican al que incautamente se roza con ellos, creemos que podrían evitarse también con solo buscarles otro emplazamiento, si en efecto es necesario que cada tranvía transporte semejante porquería.

Pero como estas observaciones, de atenderse por las autoridades o por las Compañías de tranvías, supondrían un beneficio para el público, suponemos que no serán atendidas.

© Biblioteca Nacional de España

El misterio de un alma

I

Doble fila de puntos rodeaba la gran mesa de los caballitos del salón bajo. Las cabezas, en anfiteatro, se inclinaban hacía la máquina giratoria central con tal variedad de expresión como para regocijar el ánimo de algún filósofo trasnochado. Por las anchas puertas entraba a ráfagas el aire húmedo y salino del incansable mar, y envueltos en ellas, algunos compases de la obertura de «El poeta y el aldeano», que la orquesta tocaba en el kiosco de la terraza. En los momentos en que la música y las conversaciones acallaban su rumor, se oía el majestuoso romper de las olas, que empezando con un rugido, moría en un susurro.

En sillas contiguas, estaban Rosa y Alberto sentados en primera fila. Rosa jugaba fuerte, sin que una sola emoción alterase la ambarina opacidad de su cutis. Sus brazos se apoyaban con blandura en la mesa, y desde los dedos de uñas relucientes en su constante jugueteo con un luis de oro, hasta el pliegue mórbido opuesto al codo, medio oculto entre el borde de las cortas mangas de la blusa color tango, se mostraban desnudos, y hacían penetrar por el nervio óptico del admirador una invasora sensación de suavidad cálida, con nada comparable, que se extendía dominadora por toda la red sed sensitiva.

Ajena a todo, excepto al rápido girar de los minúsculos caballitos, Rosa de vez en cuando metía dos dedos en el bolsillo del blanco chaleco de su vecino, y sacaba algunas monedas que no tardaban en desaparecer, atraídas por la voraz raqueta. Alberto, en cambio, sólo tenía ojos para Rosa, sus miradas recorrían acariciadoras los brazos y el rostro de la joven, y aquella intensa sensación antes dicha, se enseñoreaba de todo su ser.

Como reflejo de ella, un deseo incoercible de verificar su impresión visual hacía posarse con suavidad su mano sobre la de Rosa, que abstraída devolvía tibiamente su larga presión, hasta que la mano de Alberto subía exploradora antebrazo arriba.

estaban Rosa y Alberto sentados en primera fila...

Al fin uno de aquellos empréstitos que Rosa se procuraba en el bolsillo de Alberto, quedó en fracaso. Los deditos ágiles volvieron a salir sin hallar moneda ninguna; no contrariedad, sino asombro expresaron los grandes ojos obscuros de ella, a que respondió una sonrisa de Alberto.

Ambos, como en tácito acuerdo, se levantaron de las sillas, inmediatamente ocupadas por nuevos jugadores.

De pronto, allá afuera estalló un cohete, y toda la gente esparcida por el interior del Gran Casino salió en torbellino para gozar del pirotécnico espectáculo.

Alberto condujo a Rosa hasta la barandilla medio oculta en sombra que bordea la terraza por la parte del agua. Allí en noches tales, un solo movimiento de cabeza nos transporta de un mundo a otro. Vueltos los ojos hacia el mar, la Naturaleza se enseñorea de nuestros sentidos, anegándolos en el sedante reposo que se desprende de su majestuosa presencia.

Abajo, la sombría llanura de las aguas; sobre ella avanza rápida y silenciosa la inmensa curva de la ola, en asalto sigiloso a la playa, hasta que, ciñéndose opulenta corona de alba espuma, rueda sobre las doradas arenas y se tiende mansa y perezosa sobre su fino lecho para morir. Tras ella, otra y otra ¡eternidad! Más allá de la playa se alzan en masa confusa árboles, y casas, arriba, arriba, hasta destacar su borde, como fino encaje, sobre el azul plateado del cielo. La luna, cual un fanal, navega en la atmósfera, y su reflejo riela trémulo en las sombrías aguas, como un rastro de azogue luminoso.

Volved la espalda al mar y un brillante espectáculo de mundano esplendor deslumbra vuestros ojos. La terraza del Casino, iluminada *a giorno;* blancas pecheras, sedas claras, finos encajes, joyas, escotes; toda la lira. Allá en la plaza, frente a la monumental fachada del templo de la ruleta, surgen entre el tiroteo de la pólvora espesos haces de lanzas áureas, que se abren, se ensanchan, suben como un haz de trigo maduro en ascensión maravillosa, hasta que en la altura, perdido su impulso, se doblegan extenuadas y en gráciles curvas retornan a la madre tierra sumiéndose rápidamente en la obscuridad de la noche.

Girándulas, rosas, castillos, mariposas, sucediéronse con derroche de luces, colores y estampidos durante media hora; luego, un silencio profundo, una obscuridad opaca se adueñaron del aire; y en aquel instante de calma, un cohete olvidado subió en graciosa curva; el ambicioso punto de luz, centro de todas las miradas, ascendía como animado por una voluntad. En la insondable altura, se abrió en explosión sangrienta, como un estallido de soberbia. y cayó recto por encima de las aguas. Como un rubí luminoso, como una boca ardiente de lascivia, se inclinó hacia otra boca encendida que en ascenso rápido surgió del fondo de las aguas. Cada vez más y más cerca una de otra, se unieron sobre la espuma en un beso supremo, en que la verdadera llama entregó su existencia. Tal vez en el instante de morir, comprendiera que aquella boca que le costara la muerte, no era sino el reflejo de su propia pasión.

II

Rosa y Alberto se conocían desde poco tiempo atrás, y su presentación mutua fué hecha por la casualidad, dama que juega un primerísimo papel en la tragi-comedia humana.

Rosa iba cierta noche inverniza en un tranvía de los que mueren en la Puerta del Sol. Su objeto era una cena alegre en numerosa compañía. Impaciente, ocupó un sitio junto a la salida, en la plataforma delantera, a fin de no perder tiempo en descender; inclinando hacia fuera y de medio lado su fina cabecita, vió que el reloj ministerial que afea una de las plazas más feas de Europa, le decía con sus manecillas en mímico lenguaje que se había retrasado diez minutos. El tranvía hizo una falsa parada y Rosa quiso aprovecharla para bajar, y enganchando en la rejilla del estribo uno de sus altos tacones, cayó al suelo con un grito de ave herida.

Una hora después recobraba sus sentidos en su propia casa, tendida sobre el divan de su propio gabinete. A su lado, un hombre sonreía sentado en una butaquita baja; el ambiente de la habitación se hallaba saturado de las penetrantes emanaciones del éter.

En los primeros instantes de su despertar, sumido aún su cerebro en mórbido torpor, los ojos de Rosa vagaron lentos, casi indiferentes sobre todos los familiares objetos que llenaban el gabinete, sin pararse en ninguno. Al fin, atraídos por las no conocidas facciones de aquel hombre que a su lado estaba, obligaron a su cerebro a un esfuerzo mnemotécnico, que despejó las últimas nieblas de la inconsciencia. ¿Quién era aquel hombre?—se preguntó Rosa con asombro.—Señorita—dijo él, leyendo la interrogación en los ojos de la joven.—Tengo la esperanza de su perdón. Tuve, en medio de la desgracia ocurrida a V. al descender del tranvía, la suerte de levantarla del suelo y prestarle los primeros auxilios. Soy médico; su bolsillo de plata se abrió al caer y entre el contenido desparramado hallé su nombre y las señas de esta casa; aquí la traje en un coche, creyendo que estaría V. en su propia casa mejor que en la de Socorro. No tiene V. nada grave, puedo asegurárselo, pero...

La peroración del médico fué cortada por un quejido de

© Biblioteca Nacional de España

la enferma, que al intentar un movimiento, sintió un agudo dolor atravesarle el tobillo derecho.

La sonrisa con que escuchaba al médico, desapareció como por ensalmo de su rostro.

—Sí, —dijo el doctor—; tiene V. una luxación del tobillo. Poca cosa, pero que exije quietud absoluta durante bastante tiempo.

Rosa, cuando el dolor cedió, volvió a sonreir a su nuevo amigo; sentía gratitud; la voz de él era llena, varonil, amable e imperiosa a un tiempo. Una hora pasaron en charla amena, hasta que el doctor miró su reloj y se dispuso a marcharse. Diola sus últimas instrucciones médicas y prometiendo volver a la siguiente mañana, besó galante su blanca mano en largo beso, y desapareció por entre los pesados cortinones rojos, que al instante ocultaron su silueta cerrándose en rígidos pliegues. Rosa quedó sola, admirada, algo dolorida, con cierta vaguedad cerebral. Un gran deseo de reposo la invadió, y hundiéndose en un duerme—vela pesado y febril, sentía vagas dudas de si las imágenes que se formaban tras sus párpados eran distorsiones de la realidad o creacciones del subdelirio.

III

Largos días estuvo Rosa inmovilizada por su mal; el tiempo se le hacía largo. Los amigos, las amigas, menudearon sus visitas en los primeros días, pero acabaron por abandonar a la enferma. Esta contribuyó a su propio aislamiento por razones de que ella misma no se daba clara cuenta.

Alberto iba dos veces cada día a verla. Reconocía el tobillo inflamado y después, sentándose junto a la chaise—longue de la paciente, empezaba una charla interminable. Su charla, como una mariposa inquieta y curiosa, pasaba alada de uno a otro asunto; trajes, teatros, autos, chismes mundanos, atraían en rápida sucesión los comentarios de ambos interlocutores.

De vez en cuando, la conversación, en su pueril mariposeo se paraba sobre algún punto más sólido, más intenso, más psicológico. Parecía como si ambos experimentasen una mutua curiosidad, un recíproco deseo de conocerse, de ahondar en el alma, de hundir la mirada hasta las reconditeces espirituales del otro, y al tiempo mismo parecían ansiosos por cubrir su deseo latente con un velo hecho de indiferencia, de puerilidad. Las fintas, el centelleo de aquella esgrima elegante, dejaba a veces ver instantáneamente la aguda punta de los floretes.

Repetidas veces, durante una de aquellas largas visitas de Alberto á Rosa, habían llegado a interrumpir su coloquio amigas y amigos de ella. La libertad de lenguaje, las alusiones a historias y personas ignoradas por Alberto, la insustancialidad o la grosería de los visitantes de uno u otro sexo, producían a Alberto una irritación sorda, inexplicable, cuya realidad él mismo no quería reconocer. ¿Qué era aquella mujer para él? Una enferma, y nada más que una enferma. Sin quererlo, reconstituyó la historia de Rosa con trozos recogidos aquí y allá, en la calle, en el café, en el Casino, en la propia casa de ella.

Todos los datos coincidían en destacar los principales rasgos del carácter de Rosa, pintándola como una de las más poderosas máquinas de la nivelación social. Semejante a esos ejércitos de obreros que se ponen en acción para ejecutar los grandes movimientos de tierras, bajo cuya labor irresistible se ven poco a poco desaparecer las alturas, replenarse los valles y sustituir una llanura a un terreno accidentado, así Rosa y sus iguales realizan alegres e inconscientes la predestinada labor de esparcir los montones de oro que destacan demasiado sobre el nivel económico medio.

Las crónicas escandalosas señalaban los altos hechos de Rosa en clase de niveladora, y ponderaban la rapidez con que sabía agotar una gran fortuna, una vez enchufada a la celosa caja de caudales la espita de sus caprichos y de su lujo fantástico.

Todos aquellos datos recogidos por Alberto, eran de una evidencia incontestable. Y sin embargo, parecíale imposible todo ello, en cuanto entraba en el gabinete de Rosa y gozaban sus ojos de la primera sonrisa de la joven, y escuchaba el acento de su voz.

A reforzar estas favorables impresiones contribuyó en mucho la soledad en que llegaron a celebrarse sus entrevistas; cesaron en absoluto las visitas de amigotes y camaradas, que tan amarga impresión causaban en Alberto.

Así pasó un mes. Rosa, curada completamente de su lesión, seguía sin salir a la calle y no parecía deseosa de renovar su aventurera existencia pasada,

—Sentíase—decía—, extremadamente débil, extenuada. Al fin llegó un momento, varias veces retrasado por Alberto, de dar el alta a la enferma; durante la última semana, el médico había alejado aquel instante con pretextos especiosos, pero al cabo de una lucha consigo mismo. que le tenía día y noche nervioso, insomne y mal humorado, llegó una tarde a casa de Rosa, denunciando su ceño la testarudez de una resolución irrevocable; la de vencer aquella inexplicable debilidad suya, de quebrar la cadena tan suavemente forjada y que con tal tenacidad le sujetaba a nuevos hábitos y sensaciones. Al verle entrar por la puerta del gabinete, al descifrar la expresión de su contraído rostro, la sonrisa de Rosa borrose inmediatamente, un frío extremecimiento llevó sus desagradables vibraciones desde el corazón a los miembros, y la joven reclinó resignada su cabeza sobre el blanco almohadón como ofreciendo su blanco cuello a la impía segur del destino.

IV

Pero el destino tenía resuelto llevar la corriente de los sucesos por otros cauces. En efecto, Alberto cumplió su resolución y se despidió de Rosa aquella tarde, procurando mantenerse serio y ceñudo, como convenía a tan solemne triunfo de la voluntad.

¡Y que no salió nuestro hombre a la calle poco hinchado de vanidad! Ni veía a los amigos que le saludaban al paso, ni atraían sus miradas los deslumbradores escaparates, ni casi llegaba a su cerebro el fragor que a la hora del anochecer estremece el pequeño centro de la vida matritense.

Cruzó abstraido la calle de Sevilla, llena de una *animación parada*, única en el mundo, y sorteando por instinto los grandes grupos de chulos, vagos, toreros y cómicos, que reforzados por algunos impávidos guardias municipales, oponen infranqueables barreras al tránsito, llegó a la calle de Alcalá, cruzando a la de los números impares.

Allí la sombra del horrible caserón en donde se aloja el Ministerio de Hacienda cayó como una losa de tristeza sobre su ánimo. Diose cuenta de que por satisfacer un capricho de su amor propio, había renunciado neciamente a las diarias entrevistas con Rosa, admitidas ya como cosa basada en el derecho consuetudinario.

Y como una tortura se repetía a sí mismo. «No la verás más; mañana, cuando llegue la hora de siempre, será en vano que dirijas tus pasos hácia su calle; no te atreverás a poner en ridículo tu propia decisión de no volver a verla; y si afrontas el ridículo y subes a su casa y llamas a su puerta, no estará en casa; y si está, o no querrá abrirte y hará muy bien ¡oh, necio insigne!, o si te recibe, la hallarás en compañía más deseable que la tuya».

Y esta cinta de frases, de temores, de suposiciones, pasaba y repasaba por su cerebro como por un instrumento mecánico.

«Y no estará ya sola como cuando te esperaba... no querrá recibirte...; tuya es la culpa... ¡necio! ¡insigne necio!»...

Llegó a su casa, y no pudo cenar; febril, inquieto, excitado, se echó de bruces sobre su cama; y la cinta pasaba y pasaba repitiendo sin cesar las mismas imágenes en una obsesión angustiosa.

. . . . . .

Trinn... trinnnnn..... trrrinnnnn.....

—¿Que es eso?—se preguntó sobresaltado Alberto...: pasado un momento, se percataba de que el timbre del teléfono instalado en la imediata habitación reclamaba su presencia urgentemente. Saltó de la cama y aplicó a su oído el auricular del aparato.

—Sí, sí; aquí, Alberto Medina...

—¿...?

—¿Como?... ¿la señorita Rosa?...

—¿...?

—¿Enferma?... ¡ah, sí, sí! ¡voy volando!

El corazón quería salírsele del pecho; la garganta contraida casi le ahogaba por privación de aire respirable. Rápidamente cogió un sombrero y salió dando un portazo; llegó al portal, hallando la puerta ya cerrada; tornó a subir la escalera a grandes trancos, a saltos, como si le impulsaran los potentes latidos de su corazón; abrió valiéndose del llavín, previa una febril investigación por todos sus bolsillos; volvió a bajar como despeñado, dueño ya de la llave de la fortaleza; y al fin encontróse en la calle.

Un instante se detuvo al borde de la acera, dirigiendo sus miradas a uno y otro extremo; no venía ningún coche; ¿iré en busca de uno, o a tomar el tranvía más próximo? No; más rápido le parecía en aquel momento confiarse a sus piernas, pues

© Biblioteca Nacional de España

la velocidad de un tren expreso se le hubiera trocado en lento arrastrarse, si su impulso nervioso no hubiera hallado como válvula de escape el propio movimiento físico. Echó, pues a andar rápidamente.

La distancia que separaba su casa de la de Rosa era bastante grande, y durante el camino la imaginación de Alberto tuvo lugar para tejer una infinita tela de ideas, de propósitos y de resoluciones.

Así se desarrollaba el soliloquio del médico; «Ahora que la casualidad..., no; la Providencia, ha enmendado el grave error que cometí alejándome de Rosa, no dejaré perder la ocasión de hacerla mía. Todo lo abandonaré por ella. Soy rico; soy independiente. Si ejerzo la medicina, es más por lujo, por distracción, que por necesidad. Viviremos juntos, viajaremos, nos formaremos un nido blando, tibio, lejos del mundo, de la sociedad, de los amigos».....

Luego, de repente, torcióse el hilo de sus pensamientos. «¿y si no accede ella»? Una angustiosa idea le acometió de súbito; «¿Y si está gravemente enferma? y si... ¡muerta!...; ¡no, no! no es posible».

Pero aún rechazando este fúnebre presentimiento, apretó el paso, y en dos minutos más se plantó en casa de Rosa.

V

En el recibidor, las primeras frases cambiadas con la doncella que salió a abrirle la puerta le ocasionaron una amarga decepción.

—¿Está mejor? ¿Que tiene?—preguntó ansioso mientras se enjugaba la frente ardorosa con el pañuelo.

—Sí, señorito Alberto. ¡Jesús y que susto me he llevado! La señorita se quedó, vamos, como muerta, y yo me asusté tanto que sólo se me ocurrió llamarle a V. por teléfono.

Aquello fué como un jarro de agua fría sobre las ilusiones del doctor-

—¡Ah!,—exclamó palideciendo;—¿fué cosa tuya? ¿No te ordenó ella que me avisaras?...

No, señor; no sabe nada la señorita; yo creo que no me regañará.

—¿Pero cómo empezó?

—Cuando V. se fué esta tarde, entré a preguntar a la señorita si deseaba que sirviese ya la cena. Estada tendida en el diván, cara a la pared, y me dijo, sin volverse, que no cenaría, que no estaba buena. Yo creo que...

—¿Qué crees, mujer? acaba.

—Que estaba llorando.

Alberto se precipitó en el gabinete, que estaba completamente a obscuras. Por entre las mallas del transparente que velaba el balcón, pasaba una luz ténue irradiada por un lejano arco voltáico; en el ángulo se percibía la silueta opaca de la chaise-longue imperio limitada por la elegante voluta de la cabecera, y sobre su extensión horizontal, las lánguidas líneas de un cuerpo femenil desmayadamente reposado; sobre la lechosa blancura de la nuca se recortaba confusamente la oscura masa de la cabellera, medio deshecha en pesadas madejas.

Volvió ella lentamente la cabeza al oir el ruido de la puerta, y tras un momento de indecisión, empleado en reconocer en la media luz la figura del visitante, alzóse poco a poco, como hipnotizada, hasta ponerse en pié. Abrió los brazos y con voz en que vibraba nna inmensa felicidad, exclamó.

—¡Alberto!

El, al escuchar su nombre, pronunciado de aquella manera familiar, por aquella voz que ahora le llegaba recta al corazón, avanzó, corrió casi inconsciente hasta los brazos de Rosa, y un abrazo largo, apasionado, estrechó sus cuerpos, trémulos como iras vibrantes por el inmortal amor.

alzose poco a poco, como hipnotizada, hasta ponerse en pié

VI

Dos o tres meses pasaron los dos enamorados en el campo, aislados de todo mundano bullicio, absortos en su nueva pasión. Allá no llegaban las envidias, los celos, las insinuaciones de la malignidad mundana: suave y dulce era la vida, en verdad. Rosa y Alberto vagaban placenteros a través de una de esas raras lagunas de la vida, en cuyas puras y tranquilas aguas se reflejan el celeste azul y el nítido esplendor de la estrellas.

Al cabo Rosa comenzó a sentir cierta inexplicable intranquilidad. No es que su amor se inclinase ya hácia la curva descendente, pero Alberto observaba en ocasiones una abstracción pasajera como una nube sobre su rostro; momentos de tedio la invadian, breves, es cierto, pero auténticos e innegables. El verano echó de lleno sobre los campos vaharadas abrasadoras, y la reclusión impuesta por el tiránico Sol no era medicina apropiada al incipiente mal moral de Rosa, sino todo lo contrario.

El enamorado doctor, seguro de su diagnóstico en aquel caso, trasladóse con Rosa a San Sebastian.

Su amor pareció aumentar allí, avivado por el mundano esplendor de aquella vida mundana. Y sin embargo, dos o tres días después de instalarse en uno de los grandes hoteles de la Concha, ocurrió un incidente que dejó en el ánimo de Rosa un gérmen de inquietud. Sentada en una de las mesitas de la terraza que dá sobre el paseo de la Concha, tomaba el té, explayando sus miradas por las azules aguas, levemente festoneadas de blanco encaje en torno a la isla de Santa Clara; a la izquierda el esbelto casco del Giralda con su fina arboladura, ponía el sello de corte a la linda Ciudad; más allá, el monte Igueldo alzaba su ingente cresta, y por su falda arriba subia lento un cochecito del ascensor, empequeñecido por la distancia.

De pronto aparecieron en la terraza dos hombres, en animada conversación. Uno de ellos era Alberto: al reconocer al otro, Rosa se puso pálida como una muerta, y se hundió en el sillón de mimbres como si un enorme peso se hubiese abatido sobre su cabeza.

Alberto condujo a su acompañante hasta la mesita que usufructuaba Rosa, y sonriente, abrazando por el cuello al amigo, hizo la presentación:

—Mi camarada Pepe Gómez Narro, rico, golfo a ratos y buen amigo siempre.

Gómez Narro saludo profundamente, disimulando mucho mejor que ella el antiguo conocimiento de entrambos; enseguida se sentó, a instancias de Alberto, y entablaron una de esas conversaciones frívolas que sirven de terreno neutral entre personas que pueden mutuamente aplicarse los versos del gran Campoamor.

«¿No te acuerdas de mí nada,
o te acuerdas demasiado?»

Corta como fué la entrevista, y a pesar de la discreta actitud de Pepe Gómez Narro, Rosa sufrió un tormento agudo, por la necesidad ineludible de ahogarlo dentro de sí propia; ensanchose su pecho cuando aquel se levantó para despedirse; ni siquiera tendió su mano a Rosa, a quien sólo hizo un saludo con la cabeza, una inclinación respetuosa. Tanta prudencia, sin embargo, dejó más intranquila a Rosa que una alusión malévola, o un poco menos de respeto. Ella conocía a fondo al hombre, pues habia tenido ocasión de asomarse al borde de su alma, profunda sima de fondo oscuro e ignoto, en donde su espíritu femenino adivinara sedimentos repulsivos, que en Rosa engendraron una antipatía invencible.

FERNANDO PONTES

(Se continuará en el número próximo.)

© Biblioteca Nacional de España

¡AH, EL AMOR!

Lulú.—Ya te ví en las carreras con tu novio. Dicen que te enamoraste a primera vista.
Lilí.—No; a segunda.
Lulú.—¿Cómo es eso?
Lilí.—Porque la primera vez que le ví no sabía que tiene diez mil duros de renta.

© Biblioteca Nacional de España

El Sr. Fuentes y D.ª Margarita Xirgu el día del beneficio de esta última en el estreno de «El otro peligro»

El Sr. Ibañez y la Sta. Argota el día del beneficio del primero en el estreno de «El terror de las mujeres»

Fotos del Rio.

© Biblioteca Nacional de España

Iglesia y claustro de Sta. Trofina en Arles

Fot. Flaviens-Hugelman.

La producción de gas en los Estados Unidos

Según una de las últimas estadísticas, funcionaban en los Estados Unidos, 1909 fábricas de gas. El capital empleado en esta industria ascendía a 915 millones y medio de duros, y el valor del gas producido, a cerca de 167 millones de la misma moneda, con un total de 51.000 personas empleadas en las fábricas.

El gas producido llegaba a 151 mil millones de piés cúbicos. En los Estados Unidos, el gas se emplea, no sólo para el alumbrado, sino también, casi exclusivamente, para las cocinas.

Fabricación del cristal

En 1911, existían en los Estados Unidos 363 fábricas de cristal, que representaban un capital de 129 millones de duros. Los jornales y sueldos pagados en dichas fábricas representaba un total de 844 millones, y el valor de los productos fabricados, 56 millones de duros.

El detalle de la producción, se representa por las siguientes cifras:

—Lunas—60 mil piés cuadrados.

—Cristales para ventanas—7 millones de cajas de cincuenta piés cuadrados.

—Vasos y copas—12 millones de docenas.

Sra. Madge Lessing, artista alemana

—Globos eléctricos—12 millones de docenas.

—Botellas y jarras—12 millones de gruesas.

Además, otros artículos de varias aplicaciones.

El año antiguo y el moderno

En la antigua Atenas, el año comenzaba en la época correspondiente al mes de Junio; entre los macedonios, en Septiembre; entre los romanos, primero, en Marzo, y más tarde en Enero.

Los persas lo empezaban el 11 de Agosto; los antiguos Mexicanos, el 23 de Febrero, y los mahometanos, en Julio.

El año chino, que empieza a primeros de Febrero, tiene, como el mahometano, doce meses de 29 y 30 dias alternativamente, pero en cada 19 años hay siete que tienen 13 meses.

Como esto no es completamente correcto, los chinos han formado un ciclo de 60 años, en el que intercalan otros 22 meses suplementarios.

Listas civiles

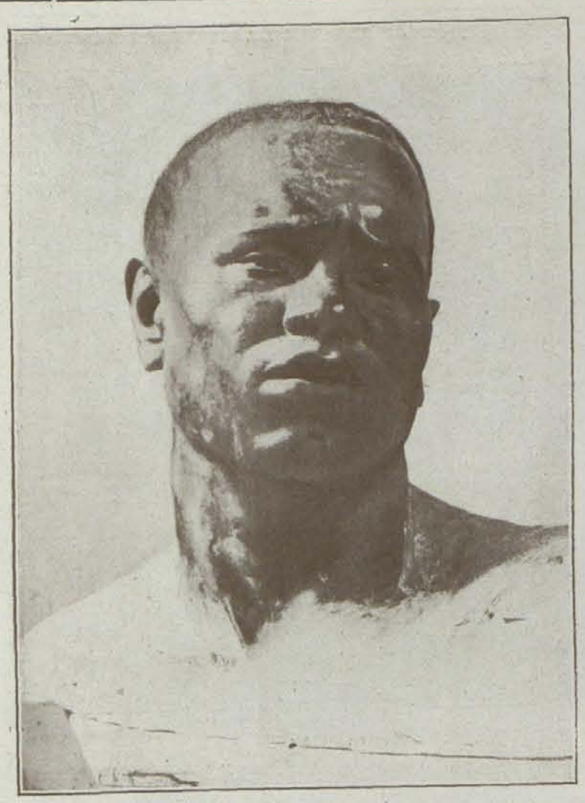
—Emperador de Austria-Hungría—Cuatro millones quinientos veinte mil duros.

—Rey de Inglaterra, en unión con la Reina—Dos millones dos cientos cincuenta y seis mil.

Rumanía—Doscientos veintisiete mil duros.

—Sultán de Turquía—Siete y medio millones, renta de los dominios de la corona.

© Biblioteca Nacional de España



ARTISTAS ESPAÑOLES

EL ESCULTOR PEREZ SEJO

Ved esa cabeza de firmes trazos sobre un cuello de atleta; sus rasgos son característicos; la amplia frente surcada por arrugas horizontales en un esfuerzo de observación, los ojos de dilatadas pupilas, que miran fija é intensamente; las fruncidas cejas; los amplios y robustos planos musculares, anuncian una individualidad física vigorosa; así es; el torso y los miembros están en armonía con la parte más noble, y completan la fuerte y flexible figura del atleta.

Pero la mirada es bondadosa, las líneas de la boca dan cierta blandura á la expresión del rostro. Este es el hombre; un Hércules con alma de niño.

El artista que anima dentro de esa máquina robusta corresponde por su espléndido desarrollo al cuerpo que le sirve de carcel. Enérgico y varonil en el modelado del desnudo masculino, como se muestra en su espléndida estatua «La muerte del héroe»; blando y delicado en el «Busto de niña», realista en el «Retrato de su padre», el arte de Pérez Sejo se adapta a las exigencias del asunto y del modelo con una flexibilidad nada vulgar y verdaderamente característica.

Tal es, en efecto, el carácter sobresaliente de este escultor; la ausencia de todo *parti pris*, de todo amaneramiento; busca la belleza y la verdad allí donde la naturaleza se la ofrece, y la interpreta franca y sinceramente.

La carrera de este escultor, tan brillante hasta hoy, aun sin protección oficial, sometido a una labor fecunda, importante y anónima, sólo necesita un poco de buena voluntad en quienes se hallan en situación de ofrecerle el punto de apoyo para levantar su vuelo y extender las alas de su arte, capacitándole para entregarse en cuerpo y alma a su obra definitiva, que de seguro germina ya en su fantasía.

Auto-retrato del escultor Sr. Pérez Sejo

Nació *Pérez Sejo* en Barcelona, e hizo sus primeros estudios de escultura en Valencia, en la Escuela de San Carlos de dicha población, siendo allí su maestro D. Luis Gilabert; puestas de este modo las bases de su educación artística, y buscando más amplio campo para sus estudios, obtuvo una pensión del Ayuntamiento de Alcoy para estudiar en Madrid, y aquí se trasladó, ingresando en la Academia de San Fernando.

En ella figuró entre los más aprovechados y estudiosos alumnos, logrando por sus propios méritos todas las distinciones y premios que en la citada Academia puede conseguirse.

También, durante la primera época de su estancia en Madrid, fué discípulo del distinguido artista Sr. Coullaut Valera, que goza en España el privilegio, raro en nuestra patria en lo que se refiere a los escultores, de una popularidad bien merecida.

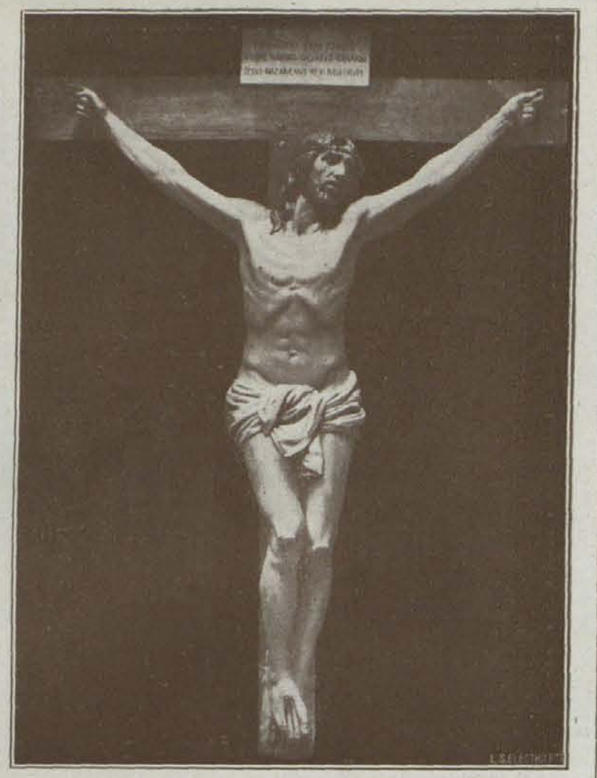
También vivió *Pérez Sejo* durante algún tiempo en París, estudiando a los grandes maestros de la escultura moderna y respirando ese ambiente de arte universal que, por fortuna, no conoce fronteras.

Más tarde, ya en pleno dominio de la técnica, empezó a trabajar y exponer, logrando en sucesivas Exposiciones nacionales varias menciones honoríficas, algunas terceras y últimamente una segunda medalla.

Especializado en el retrato, ha hecho numerosos bustos de conocidas personalidades, entre otras de Julia Fons, del maestro Lleó, del maestro Serrano, del compositor Penella, etc., etc.

Ultimamente ha ejecutado esculturas religiosas, entre otras un Nazareno y un Cristo crucificado, por encargo, con destino a la iglesia de Tolosa.

* * *



1.° **Cabeza de negro.**
2.° **Crucifijo en madera policromada. Iglesia de Tolosa.**
3.° **Busto de niña.**
4.° **Retrato del padre del escultor. Busto en bronce.**

DE LA MUSA POPULAR

Si encuentras a la que sabes
dila que suspiro y lloro,
dila que vivo muriendo
por lo mucho que la adoro.

—

Paloma que vas al monte
mira que soy cazador,
que si te encuentro y te mato
para mí será el dolor.

—

Ayer contemplé dos cosas
que formaban gran contraste.
una rondalla a tu puerta,
y el sepulcro de tu amante.

Cuando quise no quisiste,
y ahora que quieres no quiero
gozarás del amor triste
como yo gocé primero.

—

Yo sembré en una maceta
la semilla del quebranto,
con lágrimas la regué
y el arbol nació llorando.

—

Te miro cuando te veo,
salada, que vas con otro,
como la perdiz herida
que se vá corriendo al soto.

Yo he visto a un niño llorar
a la puerta un campo-santo,
y en sus lágrimas decía:
—Por mi madre estoy llorando.

—

El amor y el interés
salieron al campo un día,
pudo más el interés
que el amor que me tenías.

—

Algún día fuentecilla
se secarán tus corrientes,
y tendrás que ir a pedir
agua de las otras fuentes.

Desde la cruz de la legua
volví la cara llorando:
—Adios clavellina hermosa,
¡qué lejos te vas quedando!

—

Pajarillo tú que vuelas
por esos mundos de Dios,
confiesa si has encontrado
un ser más triste que yo.

—

Bendita sea la madre
que ha parido esta doncella,
estando el cielo tan alto
tiene en su casa una estrella.

© Biblioteca Nacional de España

DEL MUNDILLO TEATRAL

La enfermedad de moda.—El cerrojazo de Novedades.—Peña, forma para provincias.—De Apolo.—Unas cuantas ligeras vaciedades alrededor de otras cosas.—La sicalipsis de Martín, asusta a la Chelito.—Y sin más por hoy...

—¿Se puede?...

—Adelante. ¿Qué deseaba usted, caballero?

—¿Cómo... caballero? ¡Si soy Saturnino!

—¿Usted? ¡Digo tú!... ¡Ah! ¡Oh! ¡Cielos!...

—¿Qué le parece a usté cómo me ha dejao la enfermedá de moda?

—¡Horror! ¡Si pareces un lenguado de La Coruñesa!

—¡Talmente un gallo, si señor!

—¡Y eso que dicen los periódicos, por boca de las autoridades, que la cosa es completamente benigna!

—¡Las autoridades no dicen más que tonterías, créame usté a mí!

—Y ¿qué hay, qué hay... por esos teatros?

«Campos de soledad...»

—¿Es cierto que algún coliseo dió ya el cerrojazo, debido a eso de la enfermedad de moda?

—Sí. Mejor dicho, había varios teatros que no andaban bien de salud, desde antes de las calenturas. Pero entre el tifus de antes y el dengue de ahora...

—¡Ya! Uno de ellos ha sido Novedades, ¿no?

—Sí. ¡Quién se lo había de decir a Don Evelio! ¡Cerrarse Novedades antes de final de Mayo!

—¿Pues y Don Carlos? ¿Qué dirá Don Carlos, después de su exitazo de «El agua del Manzanares?...

—¡Tan felices como se las prometía todo el mundo, después de la apoteosis!

—¡Hay que ver el memorable discurso de Don Carlos, la noche del estreno!

—Y es que, como el borracho del cuento, «¡no semos naide!»

—¡Absolutamente nadie, Saturnino!

—¡Porque, mire usté que habérselas bandeado divinamente durante siete u ocho años con la currinchería de la casa y venir ahora Don Carlos a cerrar a negras!

—Claro está que el éxito de Don Carlos no ha tenido la culpa de lo ocurrido.

—Ah, oye: ¿es cierto que pasa a la catedral, María Lacalle?

—Eso se dice. La vió trabajar Vila una noche, y enseguida le envió a González con instrucciones concretas.

—¿Instrucciones que consistían en...?

—Una prudencial rebaja en el sueldo, por aquello de que Apolo es Apolo.

—Lo que sí parece exacto es que Ortas debutará en Septiembre en la Catedral.

—¿Ha vuelto a hacer las paces, con el hombre de la barba de armazón?

—Si no habían regañado, cuando aquello del disgustillo de la salida de Peña.

—¡Ah! ¿Y es cierto que Peña está formando para irse a provincias, con armas y baúles?

—Sí. Se va a veranear a Málaga.

—De modo y manera, ¿que se acabó Peñita en la villa y corte?

—Por ahora, sí. Roto el secreto de que Ramón no es lo que se creyó en un principio...

—¡Era mucho chin chin para que durase!

—Sobre todo, desde los treinta o treinta y cinco mil duros que ganó con él Medina en la Zarzuela. (¡ !).

—Sí... Si llega a actuar un par de meses más, ¡a pedir por Dios!

—Gracias que del planchazo de la Zarzuela se desquitó Ramón en Apolo...

—¡Ya lo creo!

—Cuatro o cinco obras que estrenó, fueron cuatro o cinco éxitos personalísimos... de Galleguito.

—¿Es cierto que Vila y Chicote han firmado por diez años más en Apolo?

—Así dicen. Diez años más de esplendor para el género chico, estando el pandero en tan buenas manos.

—Yo creo sin embargo, que debían contratar a Rambal.

—No has dicho ninguna tontería, Saturnino. Tú sabes que Vila no tiene un grograma cerrado.

—No; no tiene programa. Le ocurre lo que a los políticos que llegan «por un casual» a determinados puestos: «su programa consiste en no tener programa».

—¡Y así no puede luego nadie echarles en cara esto... o lo otro!

—Justo. Por eso Chicote está siempre en lo firme: quince días antes de empezar temporada, no sabe lo que va a hacer.

—Ni quince días después tampoco.

—Sin embargo, parece que ya está desenvolviendo sus planes para el año que viene.

—¿Sí?

—Sí. Dicen que «va verso» al Cómico.

—¡Si pudiese hacer otro tanto Vila en Apolo!

—Todo se andará: Deje usted que el hombre ultime la lista para la próxima temporada.

—¿*Hay* novedades?

—¿Novedades, tratándose de Apolo?

—Quiero decir, algún nombre nuevo...

—Dicen que el de Marcén.

—Sí.

—¿En calidad de primer actor?

—¡Claro! Hubo negociaciones, hace un par de meses.

—¿Y qué?

—Pues... lo de siempre: «Usted vale, joven; usted debe venir a a Catedral; en Apolo tiene usted un porvenir

—¿En que consiste?

—En eso: en estar en Apolo, con una tercera parte de sueldo del que corresponde a todo actor.

—¡Pues vaya si es un porvenir!

—Y Vila su profeta.

¿A qué viene eso de la profecía?

—A que don Juan es infalible en lo de catar obras.

—Explícate.

—En la presente temporada, no se ha equivocado más que en ocho estrenos.

—¿Y cuántas obras estrenó?

—Siete.

—¡Así da gusto!

—Claro está que el hombre no tiene la culpa, sino los autores, pero vamos al caso de que durante los ensayos tiene el hombre Vila la «funesta manía de pensar», y basta que piense «esta sí», ¡para que salte y venga la contraria!

—No hay sistema mejor que el que se sigue en Martín.

—¿El de la sicalipsis rabiosa, cuando falla el género decente?

—¡Ecco il problema!

—Pero eso queda para verdulerías como Martín. Martín, desde la temporada que está finiquitando, ha caído en el desconcepto público.

—¡Ríase usté de eso!

—No, no me río, Sátur. Todo tiene su límite, y los empresarios actuales del pequeño coliseo de la calle de Santa Brígida se han acreditado de desaprensivos, a la vez que de ignorantes.

—Explique, explique el amigo...

—Lo primero, porque el público merece más respetos.

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo, que no tienen noción de la palabra «picaresco».

—Ni les hace gran falta tampoco. ¿No es el público el que va, y aplaude, y encuentra muy de su gusto el cartel?

—Cierto público.

—Pongamos que carabineros y guardias civiles únicamente, ¿y qué?

—Que lo que pudo, era y debió seguir siendo un negocio decoroso, se ha convertido poco menos que en negocio de burdel.

—¡Pa mí que exagera usté la cosa!

—Es la verdad exacta, Saturnino. Yo sé de autores que han estrenado obras en Martín este año, que no se atrevieron a llevar a sus respectivas familias a que presenciasen los estrenos.

—¿Por qué?

—Por lo indecente de las obras que estrenaban. Y a confesión de parte...

—¡Eso no me dice nada absolutamente!

—¿Cómo... que no?

—¡Natural que no! Tanta epidermis como puedan tener los autores tienen los empresarios, en eso de ruborizarse, y, sin embargo, la señora de alguno de los empresarios no se desdoraba de salir en cueros.

—¿Y te parece poco?

—Me parece que la artista, mejor dicho que las formas de la artista, no tienen nada que ver con las formas del sagrao del hogar.

—Y usté está hecho poco menos que un cartujo, un si es no es ridículo.

—¡Por Dios!...

—¡Pero que así! ¡Un ridículo!

—¿Luego abonas tú el proceder de Empresas como la de Martín?

—Ni entro ni salgo. Sólo digo que cuando un negocio se tuerce hay que enderezarlo, sea como sea, y que los simpáticos empresarios en cuestión...

—¡Hola, hola!... ¿Les llamas simpáticos, inclusive?

—¡A ver!

—Tú tienes algún entremés «picaresco» para Martín en la próxima temporada.

—¡Quiá! Yo tenía.

—Explícate...

—Yo tenía, se lo leí a la Empresa, y me dijeron que no podía ser.

—¿Razones?

—Porque les pareció poco atrevido.

—¿Y qué hiciste tú en vista de ello?

—Llevarle el entremés a la Chelito.

—¿Y qué te dijo la Chelito?

—Me llamó cerdo, añadiendo que no se atrevía a estrenarlo, por indecente, y concluyó manifestándome: «Entre Martín y yo media un abismo. ¡Hay clases todavía, pollo!»

MIGUEL PORTOLÉS.

© Biblioteca Nacional de España

El público presenciando las carreras en el momento de llegar a la meta los corredores

Coro de El Ferrol titulado Toxos e Froles que dió unos conciertos de música gallega en el Gran teatro

Fotos del Río.

© Biblioteca Nacional de España

DIME LO QUE COMES...

Un viajero francés fué invitado a comer, durante uno de sus viajes por China, por un amigo suyo, y a continuación traducimos su interesantisima narración.

«Dime lo que comes y te diré ¿quién eres»; así razonan ciertos glotones. Si fuera preciso juzgar a un pueblo por su cocina, los chinos serían una nación notabilísima. Antes de ayer fuí invitado amablemente por M... intérprete de la legación rusa, a almorzar en el más famoso restaurant de Pekín. Este templo de la gula se oculta en el fondo del barrio más miserable de la ciudad china, en una abominable callejuela, pero aunque es mísero, la casa no tiene mal aspecto.

La entrada es por la cocina, al contrario que en nuestro país; la cocina es inmensa, como las que vemos pintadas en los cuadros de los antiguos maestros flamencos, y responde a lo que debe ser; en ella reina un artístico desorden, pero no hay suciedad.

Una veintena de marmitones, con el torso desnudo, se agitan en torno a los fogones, de los cuales ascienden agradables efluvios.

Desde la cocina se pasa a un patinillo de losetas musgosas, con una roca artificial en su centro, rodeado por una serie de pabellones de dos pisos, que alegran la vista con sus galerías y frisos de madera delicadamente tallada, aunque la pintura que las cubrió haya desaparecido por obra del tiempo: de la mal conservada techumbre penden pesadas cortinas de líquenas y musgos.

Pero el continente importa poco; hablemos del contenido. Los convidados éramos seis. Los platos de resistencia, servidos de una vez, y mantenidos o buena temperatura en recipientes de estaño llenos de agua caliente, hubieran bastado para hartar a sesenta personas de apetito robusto. Calculo en veinticinco el número de manjares y entremeses, sin contar los postres. Para mayor claridad, reproduzco acontinuación el *menú*.

Golosinas

Uvas, peras, manzanas, castañas de agua, pepitas de sandia en dulce, nueces escarchadas, dulces de frutas, avellanas asadas con azafrán.

Entremeses

Pollos ahumados, pescados ahumados con vinagre de arroz, huevos de patos conservados (cinco años) en cal, cangrejos al aceite de ricino, queso de guisantes, coles de mar marinadas, coles saladas, hojas de lechuga saladas.

Platos fuertes

Sopa de nidos de golondrinas, aletas de tiburón con jamón, pato laqueado, guisantes en miel, holoturias, brotes de bambú de invierno, cangrejos con azúcar, filetes de pollito fritos, cerdo cocido, pescado con salsa de crisantemos, sopa de semillas de loto, crema de guisantes con flores azules, sopa de crisantemos.

Vinos

Amarillo de Chao-Sing, licor de rosa, licor de los académicos.

Estos vinos no son sino alcoholes de arroz; el amarillo de Chao-Sing recuerda ligeramente al Jerez.

MINERVA
Bailarina Española

HUERTAS, 10, PRAL.

Ultimos éxitos: Salón Llorens, Sevilla. Próximo debut, teatro Eldorado, Barcelona

Teatro Infanta Isabel.—Una escena de «La Casa de los pájaros», del Sr. Fernández del Vilar, Sra. Plana y Sr. Diaz

Fot. Del Río

© Biblioteca Nacional de España

ECONOMÍA NACIONAL

Comercio-Agricultura-Banca-Seguros-Comunicaciones y transportes-Hacienda

La voluntad nacional

Uno de los grandes bienes positivos que, por cruel paradoja, germinan en las entrañas de esta gran tragedia, es el de la futura definitiva fraternidad de los naciones. Los Estados Unidos de Europa, profetizados por el gran Hugo, van a convertirse acaso en los Estados Unidos del mundo. Pero los Estados de mañana serán esencialmente distintos de los Estados de ayer. La idea de someter las relaciones y las evoluciones económicas de la vida internacional al imperio de la ley de la división del trabajo que rige el complicado mecanismo de los organismos individuales, ha perdido toda su virtualidad al contacto con la realidad presente. El Estado ideal futuro no es el Estado celula, sino el Estado integral.

* * *

Ya hemos dicho en otra ocasión que siendo este problema del Estado integral o nacional un problema de conciencia y de voluntad, de clarividencia y de acción, de solidaridad y de armonía en el esfuerzo común de un pais por su propio y común engrandecimiento, para hacer tangible y materialmente fecunda esta idea bastará a las potencias nacionales que se decidan a ensayarla, conocer sus necesidades y conveniencias colectivas y trabajar ordenadamente y sin desmayos hasta lograr satisfacerlas.

España evidentemente, se da cuenta de su verdadera situación en el mundo y del enorme esfuerzo que ha de realizar para elevar al nivel de la Europa de mañana su personalidad social y económica, robustecida con todos los prestigios y ornada con todas las dignidades que corresponden a un pueblo doblemente privilegiado por su posición geográfica y por sus inmensas riquezas naturales. Pero España, cuya conciencia nacional es suficientemente sensible para percibir en toda su magnitud las vergüenzas y los peligros de su inercia es un pais consumido por la abulia. Siente intensamente sus grandes desdichas, lamenta y sufre su general atraso, sabe que sus tierras y sus mares guardan tesoros vírgenes, que, bien explotados, podrían engrandecer incalculablemente su nombre, y que en las cajas de sus Bancos se esconden, medrosos e inactivos, muchos cientos de millones de pesetas que oportunamente invertidos, actualizarían esos grandes tesoros potenciales, redimiendo en parte los grandes pecados de su abandono histórico; pero ni la deprimente y dolorosa experiencia de sus realidades actuales ni la inquietante visión de su futuro logran levantar en unánime y salvadora exaltación de optimismo su abatida voluntad.

* * *

Es cierto que España progresa, pero su progreso, lento y fragmentario, no corresponde a las imponentes exigencias actuales ni previene las amenazadoras contingencias del futuro. Faltos de un plan riguroso y único que seguir, nuestro iniciado desenvolvimiento económico está caracterizado por el salto brusco que impulsa el entusiasmo del momento, por el ímpetu galvánico, por el éxito aislado, por el imperio del egoismo individual, por el escandaloso triunfo del agio político, por la hegemonía de la ineptitud, por el olvido y el desprecio sistemáticos de aquellos elementos humanos que sin brillar ruidosamente en las llamadas altas esferas, se hallan moral e intelectualmente capacitados para salvar a la Patria.

Si comparamos la cifra que actualmente representa nuestro movimiento económico con la que representaba hace diez años, adquirimos el convencimiento pleno de que hoy hay más tierras cultivadas que ayer, más minas en explotación, más Sociedades industriales activas, más fábricas en movimiento, más fuerza hidráulica aprovechada, más crédito interior y exterior, más trigo, más carbón, más útiles nacionales de trabajo.

Pero si comparamos esta cifra de nuestro progreso actual con la que resultaría de haber aplicado enteramente las actividades colectivas al objeto de satisfacer cumplidamente todas las necesidades del país, el resultado no puede dejarnos satisfechos, pues si es cierto que hoy hay más hectáreas de tierras cultivadas que hace diez años y, por tanto, más trigo, también lo es que ese trigo apenas si pueden comerlo la mitad de los habitantes de la Nación, y que para ello tenemos que importar considerables cantidades, cuando nuestros campos, bien cultivados, podrían producir granos para alimentar a 50 millones de seres; y no es menos cierto que perpetuamos en eterna espera de solución problemas de tanta importancia como los del beneficio nacional suficiente de nuestros minerales de plomo, de hierro, de zinc y de cobre; como el de la explotación intensiva de nuestras cuencas hulleras y nuestros saltos hidráulicos; como el de la organización racional y definitiva del Crédito público y la orientación patriótica del ahorro; como el de la nacionalización de ferrocarriles y tranvías; como el de la reforma de nuestro funesto sistema comercial y el de la creación de una marina mercante que, animada por el espíritu práctico de los tiempos pasados, lleve a todos los ámbitos del mundo, no el dolor de nuestras desdichas y las vergüenzas de nuestro atraso, sino el testimonio vivo de que somos un pueblo que tiene voluntad.

* * *

Porque, en realidad, todos los problemas de España, aparentemente tan graves, tan arduos, tan penosos, son prolongados en el estado de incógnitas a resolver por una causa común y única: la falta de voluntad nacional.

Económicamente como políticamente, lo que nos asfixia y nos anula es nuestro singular mesianismo. Todos los bienes, todas las prosperidades, toda la felicidad interior y toda la preponderancia exterior que lograríamos rápidamente solo con querer, utilizando nuestras propias fuerzas, las esperamos del nuevo Mesias salvador que ha de vénir a redimir generosamente nuestros grandes pecados de egoismo, de indiferencia y de abandono.

Y en tanto que nosotros esperamos, el mundo marcha vertiginosamente. Detenerse ante ese torbellino es condenarse a perecer.

* * *

Los que conocemos por vivirlos cotidianamente los inminentes y graves peligros que amenazan a los países inactivos, tenemos el deber de pregonarlos sin descanso, de prevenirlos en la medida que alcancen nuestras fuerzas.

Hoy, más que nunca, España vive bajo la amenaza de ser intervenida de la peor manera que un pueblo puede serlo: intervenida por el procedimiento incruento de la denominación de sus fuentes de riqueza.

Ya en Diciembre de 1916 un economista francés, Max d'Hauterive publicaba en L'Information Universelle bajo el título «L'Espagne et nos initiatives» un artículo cuyo contenido era el siguiente:

«Renunciemos a las Empresas mal coordinadas, por un programa de interés mutuo. Un vasto campo agrícola, industrial y minero se ofrece en la Península Española. Durante mucho tiempo se ha creído en la primicia de la agricultura, lo que daría lugar a transacciones ventajosas. Pero la extracción carbonífera podría rivalizar con la nuestra y además hay cobre, hierro, plomo y otros minerales, hallando en cambio muchas materias y productos manufacturados; falta una evolución de amplitud deseable, y nuestro concurso podría tener una gran acción desde el punto de vista industrial y minero.»

Desde que comenzó la guerra actual España ha sido recorrida más de una vez por comisiones extranjeras científicas e industriales que al volver a sus países han proclamado la urgente necesidad de explotar intensivamente en provecho de la industria nuestras ricas minas abandonadas y nuestros potentes saltos de agua; y al efecto los Bancos más poderosos del mundo han comenzado a instalar sucursales en nuestras primeras ciudades.

En el próximo artículo hablaremos de este asunto de la invasión bancaria extranjera.

FLUMEN.

© Biblioteca Nacional de España

Femeninas.

Evolución del concepto de los premios y castigos en la educación

Por mucho que se quiera elevar el nivel del espíritu humano, queriendo que se llegue a la práctica del bien por el bien mismo, por persuasión, sin la esperanza de la recompensa y sin temor al castigo, tenemos que convencernos que esa es mo-naturaleza, y siempre será mejor, después de todo, el que teme la opinión que el que no la teme. ¿Qué sería de los pueblos si no se castigasen los crímenes? El ideal sería una sociedad donde no hiciese falta la administración de Justicia por-

Mme. Chrysias, artista francesa.—Pijama

Fot. Henri Manuel-Hugelman

ral de ángeles; que el corazón del hombre no es tan perfecto y necesita un estímulo.

La mayor parte de las veces se hacen o se dejan de hacer cosas aunque no sea más que por *el qué dirán*. El hombre precisa *algo* que la lleve a cumplir al deber, ya que somos así por que no hubiera delitos que castigar; ¡estamos tan lejos de eso!

Si esto ocurre con el hombre ya formado, que tiene idea del bien y del mal, que conoce sus deberes y sus derechos, ¿qué pasará con el niño que los desconoce por completo?

La opinión de que hay que desterrar las recompensas y los

© Biblioteca Nacional de España

castigos, me parece un poco exagerada. Sí, que habrá que ir con tino para que no se acostumbren a encontrar siempre la recompensa por una buena acción, porque más adelante no la encontrará casi nunca; pero de alguna manera hay que ponerlos en el camino de hacer el bien y una vez allí continuar en él, y si puede ser por convencimiento, mejor.

Los castigos que se han impuesto, y se imponen al niño en la escuela, guardan relación con la sanción y la pena que fuera impone la sociedad; como todos los aspectos de la educación, han ido evolucionando a medida que evolucionaban en la sociedad. Cuando fuera se ataba al culpable a la cola de un burro, en la escuela se ataba a un banco, de espaldas a la clase, al niño que faltaba. Más tarde se emplearon los calabozos y las cárceles, y al niño se le encerraba en un cuarto oscuro. Hoy que se trata de modificar por completo los presidios y convertirlos en lugares de regeneración, se ensaya igualmente hacer desaparecer el castigo para los niños que delinquen. Verdaderamente requieren una reforma los presidios de donde salían más corrompidos que entraban; y en la escuela se debe modificar esos sistemas rigurosos de premios y castigos. Precisamente un defecto de la educación de los jesuitas, lo constituye su sistema de premios y castigos que excitan, acaso demasiado, el orgullo de los alumnos.

Madame Montessori quiere desterrar por completo las recompensas y las penas. Dice que todo consiste en no pedir al niño demasiado, sino lo que esté en relación con sus fuerzas físicas y morales de sus primeros años. Llega hasta dar la forma de juego a los primeros ensayos de altruismo. A un niño que se le pide que ayude a su mamá a secar la plata, por ejemplo, le dice que los tenedores, cucharas y cuchillos se están ahogando, que los saque cuanto antes, los seque para llevarlos a sus familias que están esperándolos en el cajón del aparador.

¿No es esto exagerado? Es desconfiar demasiado de lo bondad de la naturaleza humana, pues ese mismo niño lo hará con gusto, sin recurrir a esa estratagema con solo decirle que es para ayudar a su mamá, sin obligarlo, ni mandarlo con tono imperioso.

No hay que decir como Descartes, todo por el placer, nada por fuerza: «el dolor lleva a profundidades apenas sospechadas antes del sufrimiento y es el mejor medio para despojar al alma de los velos que la envuelven».

En cambio, el ejemplo siguiente me parece muy admirable, porque en realidad encierra la práctica del bien dándose el niño cuenta de que lo cumple. Un bebé, de menos de tres años, ha llegado a comprender, por explicaciones de sus mayores, la diferencia que hay entre una flor y una hierba mala. Se ha imaginado un drama, la lucha del bien y del mal que se realiza todos los días ante sus ojos, en el jardín y él interviene en la pieza como defensor de lo bueno y de lo bello, arrancando la mala hierba que injustamente amenazaba las flores, y exclama: «¡vete de aquí, mala hierba, cesa de comer el alimento de las flores!»

Los partidarios de suprimir el esfuerzo y los premios y castigos, como le ocurre a María Montessori, y al mismo Pestalozzi, caen en contradición: por una parte desconfían demasiado del hombre creyendo que en cuanto se le exige un poco de esfuerzo no es capaz de hacerlo. Pestalozzi (hombre filántropo por excelencia) decía: «he descubierto que no hay en el vasto universo creado por Dios un hombre capaz de ayudar a sus semejantes.»

Y por otra parte confían demasiado al pensar que sin una esperanza o un temor realizarán siempre lo que se les manda. La doctora italiana cree ciegamente en la obediencia de los pequeños; por eso—dice—el progreso de los pueblos se verifica lentamente, por ejemplo en

Traje de faya

Modelo Levvis.—Fot. Henri Manuel-Hugelman

© Biblioteca Nacional de España

la evolución de las formas de gobierno, debido a la tendencia de obedecer sin protesta al primero que llega.

No hay que confundir la enseñanza del esfuerzo, con la enseñanza por el esfuerzo. El maestro debe hacer a los alumnos capaces de amar y realizar bellos ideales: el educador que sólo adiestre al niño para lograr el placer y deseos personales, es un sirviente del hombre, realiza un servicio humillante que se paga pobremente. El que educa al niño de modo que pueda llegar a ser auxiliar de aspiraciones ideales, es un sacerdote de la Humanidad cuya labor es recompensada abundantemente por si misma; aún cuando no se recoja el fruto inmediatamente, porque el hombre muere, pero la sociedad perdura.

Las reacciones naturales, tan recomendadas justamente por los buenos resultados que con su aplicación se obtienen en muchos casos, van demasiado lejos en otros. En los ejemplos que pone Spencer efectivamente están muy bien aplicadas: a una niña que siempre tarde mucho en vestirse para ir de paseo, su madre no la espera y se va sín ella; al dia siguiente la niña procura estar dispuesta a tiempo si no quiere quedarse sin paseo, castigo natural a su negligencia.

Otro niño juega con un cuchillo, se le advierte que se va a cortar, no hace caso y sigue jugando hasta que por fin se corta; desde este momento no lo vuelve a coger más: todas las advertencias han sido inútiles y no lo fué el castigo natural. Así en todo se les va dejando hasta que sufran las consecuencias de sus faltas; pero hay faltas cuyas consecuencias no son inmediatas y cuando se quieren corregir ya es tarde: por ejemplo, el estudio. Un niño ignora las consecuencias que tendrá que sufrir toda su vida por su falta de aplicación; una persona encargada de su educación debe hacérselo comprender, y si aún así no se convence, ni estudia ¿por qué no emplear un medio que lo estimule? Después de todo no se trata sólo de castigar el mal, sino de prevenirlo.

Ahora bien, que no debe imponerse castigos corporales, que denigran, lo mismo al que los sufre, que al que los impone, ni premios que exciten el orgullo y la soberbia; pero para eso está el buen sentido del educador.

GOLONDRINA

Traje de seda mate

Cubre-corsé-pantalón de batista

Traje crespón de seda

RECETAS PRACTICAS

Chuletas de carnero con pepinillos.—Después de haber mechado con tocino las chuletas que se hubieren elegido, se las pica y pone en las hendiduras anchoas o sardinas que las sazonen perfectamente; se ponen al fuego en una cacerola con manteca fresca para que se afirmen y consoliden; después se las mete entre lonjas de tocino y se vuelven a poner en la cacerola con trozos de ternera, despojos de aves, zanahorias, cebollas cortadas en rueda, un manejito de yerbas finas, pimienta y un poco de nuez moscada, haciéndolo cocer todo a fuego lento; para servirlas se colocan de manera que aparezcan rodeadas y guarnecidas con pepinillos preparados según de cada uno.

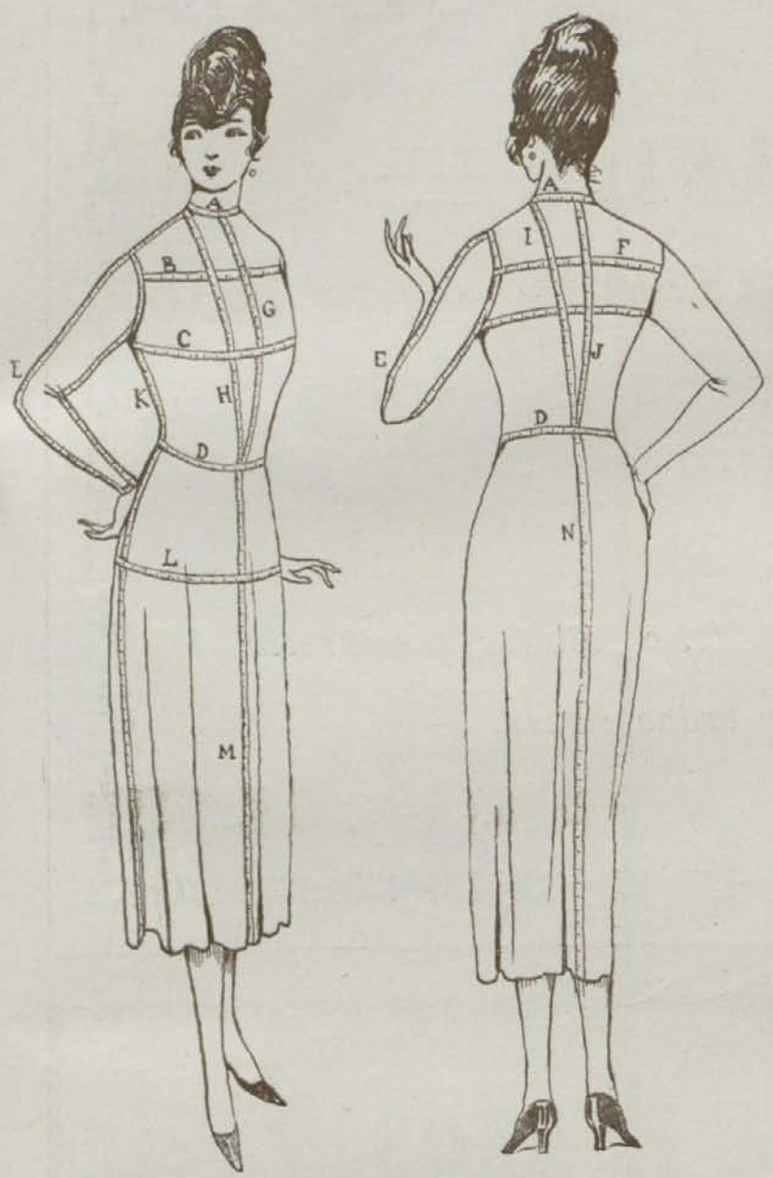
Chuletas de carnero con albahaca.—Se preparan las chuletas, haciéndolas cocer en caldo poco salado, se aromatizan con perejil, tomillo y laurel; cuando están cocidas se sacan para desengrasar el caldo, pasándole por tamiz; se vuelve a ponér al fuego para que se espese, y luego se rebozan en él las chuletas, cubriéndolas enseguida con un relleno compuesto de la manera siguiente; después de haber mezclado carne de ternera, cruda o asada, con manteca de vacas, por partes tguales, huevos duros; y sazonado la mezcla con pimienta, perejil, cebolla, albahaca y setas picadas muy menudas, se humedece con crema muy espesa, y se cubren las chuletas con una buena capa de dicha preparación, espolvorerndo en segida con miga de pan; se meten en el horno y se tienen en él hasta que toman buen color; cuando están secas se les echa una salsa muy líquida y un poco saturada con zumo de limon u otro ácido.

Culetas a estilo de Subisa.—Se hacen cocer en la sarten, y despues se disponen en corona, con un coscorro de pan frito en cada intervalo; échese en el medio de un puré de cebollas blancas.

En el próximo número se repartirá el segundo patrón-regalo de Revista Hispánica.

© Biblioteca Nacional de España

Medidas que es necesario tomar para el corte de patrones.



Toda subscriptora, para hacer encargo de patrones a a medida de modelos publicados por esta Revista u otra, es preciso que remita las medidas que detallamos, por centímetros y con sujeción al adjunto modelo:

A.—Cuello.
B.—Ancho de delante de hombro a hombro.
C.—Ancho total del cuerpo por el pecho.
D.—Cintura total.
E.—Largo de manga, doblando el brazo.
F.—Ancho de espalda por los hombros.
G.—Largo de delante de cuello a cintura.
H.—Largo de delante desde el cuello-hombro a la cintura.
I.—Largo desde el cuello-hombro por la espalda hasta la cintura.
J.—Largo de espalda de cuello a cintura.
K.—Largo bajo el sobaco a la cintura.
L.—Ancho total a la altura de las caderas.
M.—Largo desde la cintura al pie.
N.—Largo total desde la cintura al pie por la espalda.

Precios de nuestros patrones a la medida, para señora.

	Ptas.
Abrigo corriente	2,25
Idem largo	2,50
Traje sastre	4,00
Faldas	2,00
Cuerpos	2,00
Pantalones	1,50
Camisas de noche	2,00
Idem de día	1,50
Batas	2,50

Todos los pagos deben acompañar al encargo de los patrones, y los de provincias por GIRO POSTAL o SOBRE MONEDERO exclusivamente.

HISPANICA, Cardenal Cisneros 47, Teléf. J. 923. Madrid.

ANUNCIOS TELEGRAFICOS

Anuncios telegráficos: 1 a 15 palabras, 2 pesetas; cada palabra más, 10 céntimos. — Se admiten en las Agencias de publicidad, en la Administración de *Revista Hispánica*, Cardenal Cisneros, 47, y en la Casa «Viuda de Pontes», Carmen, 6 y 8.

Las abreviaturas y cada cinco cifras se contarán como una palabra.

Por impuesto del Timbre para la Hacienda, cada anuncio deberá pagar además de su precio, 10 céntimos de peseta por cada inserción.

AGENCIAS

La Prensa. Agencia de Anuncios de Rafael Barrios. Carmen, 18.

Colocaciones facilita Centro Católico, Jacometrezo, 62; 4.325 colocados. Teléfono 65-78

AUTOMÓVILES

Bolsa del Automóvil. Apertura primero Abril. Admitimos automóviles para venta. Pedid Reglamento. Roca, Núñez Balboa.

Automóviles, motocicletas, camiones de todas marcas, plazos cargando 6 por 100 anual. Crédito Español de Automovilismo, Gran Vía, 24, teléfono 12-15 M.

Primer sorteo de Regalos
DE
"Revista Hispánica"

Cupón N.os 4 y 5

© Biblioteca Nacional de España

HISPÁNICA

(IMPRENTA)

CARDENAL CISNEROS 47. MADRID

TELÉFONO, J. 923

Se hacen tarjetas, B. L. M., catálogos, membretes e impresos de todas clases.

VENTAS A PLAZOS

Con precios de contado y descuento mensual insignificante vendemos los discos y aparatos ODEON.

Solicite usted el nuevo catálogo de los discos de "La canción del olvido", "La canción del soldado" y canciones por las Srtas. Isaura, Meller, etc.

Agencia Odeón

1, PRECIADOS, 1

© Biblioteca Nacional de España